



Anuario de Historia de la Iglesia
ISSN: 1133-0104
ahig@unav.es
Universidad de Navarra
España

Mujica Pinilla, Ramón
Apuntes sobre moros y turcos en el imaginario andino virreinal
Anuario de Historia de la Iglesia, vol. 16, 2007, pp. 169-179
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35516012>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Apuntes sobre moros y turcos en el imaginario andino virreinal

Ramón MUJICA PINILLA

Resumen: El autor plantea como en las Crónicas de Indias se identificó a los indios del Perú virreinal con los moriscos en España quienes ocultaron sus verdaderas creencias religiosas bajo la práctica de un falso cristianismo. Utilizando la iconografía andina del turco infiel como enemigo de la Eucaristía, se sugiere que la monarquía hispana utilizó la teología providencialista y profética tardío medieval como herramienta doctrinal para definir su propia función mesiánica y apostólica en el Nuevo Mundo. A su vez, la visión del turco como enemigo de la fe y castigo de Dios sirvió en el Perú virreinal como motivo reivindicador criollista que, desde el siglo XVI, se asoció a ciclos proféticos en los que la guerra del turco contra la Eucaristía era un rasgo de la futura religión del Anticristo al Final de los Tiempos.

Palabras clave: Perú Virreinal, imaginería Andina, moriscos en España.

Abstract: The author suggests that the *Chronicles of Indies* identify the Andean Indians from viceregal Peru with the Spanish «Moriscos» who practiced their true religious beliefs in secret, under the cloak of the Christian faith. He explains that the Spanish monarchy, backed by prophetic and providentialist late medieval theology, used the Andean image of the infidel Turk as the enemy of the Eucharist as a tool to define its own messianic and prophetic mission in the New World. At the same time the image of the Turk as an enemy of the faith and divine chastisement was used in viceregal Peru as a motif for Creole vindication. In this way, from the XVI century, this motif was associated to a series of prophetic cycles in which a war between the Turk and the Eucharist was a characteristic of the future religion of the Antichrist at the End of Time.

Key words: Viceregal Peru, Andean imagery, Moriscos in Spain.

Como hace décadas lo mencionaba José Flores Araoz en *El Perú Romántico del siglo XIX*, los viajeros europeos que visitaron Lima a finales del virreinato y a inicios de la República Independiente tuvieron la impresión unánime de estar en una ciudad hispano-árabe. Las descripciones del viajero francés Amedée François Frézier (1682-1773) señalaban que las damas de la Ciudad de los Reyes vivían en casas decoradas con tapices de Da-

masco, con enconchados orientales, y se sentaban «a lo largo de la pared, cruzadas las piernas sobre un estrado cubierto de un tapiz, como en Turquía». El pintor alemán Juan Mauricio Rugendas (1802-1858) pintó un boceto del templo jesuita de San Pedro de Lima donde mostraba cómo, al igual que en las mezquitas, los hombres y mujeres se ubicaban en espacios separados y éstas –ante la ausencia total de bancas– se arrodillaban sobre alfombras asistiendo a misa tapadas de pies a cabeza. El inglés P. Campbell Scarlett comparaba a Lima con Constantinopla y destacaba «el aire morisco de las casas» decoradas con pinturas *al fresco* y «celosías verdes» que cubrían sus pórticos. El marino y explorador ruso Vasili Mikhailovich Golovnin (1776-1831) recordaba las casas musulmanas de Bagdad y El Cairo cuando hacia 1818 contemplaba los balcones colgantes de madera de las viejas casonas limeñas¹. A todo ello se sumaban los arcos trilobados, techumbres y artesonados mudéjar en los conventos de la Merced y San Francisco, por no mencionar las colecciones de azulejos sevillanos en los conventos de Santo Domingo y San Francisco, o incluso los tumultuosos bazares de Lima repletos de comerciantes multi-étnicos análogos al zoco árabe.

Esta huella inconfundible de la cultura hispanoamericana islamizada formó parte integral de la sensibilidad estética del barroco peruano, pero no contribuyó a redimir la concepción peyorativa y estereotipada del moro o del turco difundida en el Perú virreinal por los evangelizadores y los cronistas conventuales. Desde inicios de la conquista española, los templos pre-hispánicos «paganos» fueron descritos por los cronistas de Indias como «mezquitas»² y Santiago Matamoros rápidamente se convirtió en Santiago Mataindiostras sus milagrosas y decisivas apariciones en el Cusco, entre 1535 y 1536³. Cuenta la leyenda que logró que un puñado de soldados españoles venciera al ejército de no menos de 300.000 hombres de Manco Inca. Este portento –como lo recordaba el Inca Garcilazo de la Vega– fue representado en un enorme lienzo que seguía colgado hacia 1560 en el atrio de la Catedral del Cusco como símbolo máximo de la conquista y del poder del Dios cristiano sobre las divinidades indígenas. Mostraba «al Señor Santiago encima de un caballo blanco, con su

1. José FLORES ARAOZ, *Juan Mauricio Rugendas. El Perú Romántico del siglo XIX*, Editor Carlos Milla Bates, Lima 1975, pp. 18-23.

2. Fermín DEL PINO DÍAZ, *¿Moros o indios? El Mediterráneo como laboratorio de la otredad*, en Elías ZAMORA ACOSTA y Pedro MOYA ÁLVAREZ, *Relaciones interétnicas y multiculturalidad en el Mediterráneo Occidental*, V Centenario de Melilla, Melilla 1998, pp. 39-60.

3. La conquista española del Perú se realizó bajo el mismo estandarte real utilizado en 1492 para desterrar a los moros de Granada en nombre de los Reyes Católicos. Aunque muy deteriorado por su antigüedad, el estandarte llevaba por emblema central a Santiago Matamoros y fue guardado como una reliquia histórica en la Villa Imperial de Potosí, recorriendo sus calles en manos del alférez real durante las fiestas al santo Patrón de España: «Este bendito estandarte es de finísimo damasco carmesí con cairel de seda del mismo color: en medio de él está bordado de realce de trenilla de oro la imagen del apóstol Santiago puesto a caballo destrozando infieles, de más de media vara de largo y poco menos de ancho [...] y sólo esta tarja del apóstol se conserva entera porque todo lo demás del real estandarte está hecho hilas [...] y así como está lo sacan en estos tiempos cada año el día del apóstol con grande acompañamiento y fiesta, llevándolo el alférez real a caballo; y con haber durado más de 216 años se espera adelante su duración por lo fuerte de los caireles y bordadura [...]» (véase, Bartolomé ARZÁNS DE ORSÚA Y VELA, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, edición Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, Brown University Press, Providence (Rhode Island) 1965, vol. 1, pp. 172-174).

adarga embraçada y la espada en la mano [...] era culebreada: tenía muchos indios derribados a sus pies, muertos y heridos. Los indios, viendo esta pintura, dezían: un Viracocha como éste era el que nos destruía en esta plaça» (fig. 1)⁴. El predicador culterano de origen indígena, Juan de Espinosa Medrano (m. 1688), vinculó la aparición del apóstol Santiago en el Perú con el cumplimiento de los vaticinios del profeta Abdías, tal como en 1589 sugirió fray Luis de León⁵. En el sermón que Medrano predicó en la Catedral del Cusco en 1660



Figura 1

4. *Garcilazo de la Vega. Historia General del Perú (Segunda Parte de los Comentarios Reales de los Incas)*, edición al cuidado de Ángel Rosenblat, Emecé, Buenos Aires 1944, p. 184.

5. Colin P. THOMPSON, *The Strife of Tongues. Fray Luis de Leon and the Golden Age of Spain*, Cambridge University Press, Cambridge 1988, pp. 94-101.

ante la nobleza local, afirmó que Jerusalén se trasladaría a Sefarad –es decir a España– en el Bósforo cuando estuviese en posesión de las ciudades del sur. Con ello aludía a la antigua capital del imperio de los incas ya cristianizada y transformada en: «la Corte Augusta del más estendido Imperio, que rodeó jamás el Sol, Regia cabeza de los Pueblos, y gentes del Austro, moderna Roma de mayor Mundo que el Antiguo»⁶.

A fines de la Edad Media española la co-existencia pacífica entre cristianos, moros y judíos vivida en tiempos de Alfonso el Sabio terminó abruptamente en la década de 1390 con las conversiones forzosas de judíos al cristianismo, con los sermones escatológicos de san Vicente Ferrer y el establecimiento en 1474 del Santo Oficio de la Inquisición, establecido durante el reinado de los Reyes Católicos⁷. De hecho, la antigua oposición entre *moro infiel* y *cristiano viejo* se transfirió en el nuevo contexto social andino al *indio idólatra* y al *español*. Es revelador, en este sentido, cómo a finales del siglo XVI, el cronista aculturado indígena Guaman Poma de Ayala ya tenía plenamente asimilada la noción hispana de «limpieza de sangre». En su carta ilustrada al Rey Felipe II le expresa su profunda preocupación acerca de cómo los vínculos raciales entre españoles, moros y judíos estaban contaminando la sangre de la nobleza indígena con «malas castas» de mestizos⁸. Le recomendaba, incluso, que los judíos, moros, turcos, mulatos, negros o mestizos llevasen consigo divisas visibles –«sedulas en el seno»– a fin de que por donde anduviesen, los corregidores pudiesen saber exactamente a qué estamento social pertenecían y cuál era su grado de mezcla de sangre⁹.

El fondo jurídico detrás de esta ideología racial propia del imperio hispano se cristalizó en la *Política Indiana* (1648) de Juan de Solórzano y Pereira (1575-1655). En esta obra medular el indio ostentaba una situación superior a la del moro y del judío pues el propio emperador Carlos V le había concedido a la nobleza inca blasones nobiliarios que tenían rangos y equivalencias con los de la aristocracia europea, motivo por el cual la élite indígena podía ser admitida –más en teoría que en la práctica– en el sacerdocio católico, y participar de todos los beneficios y dignidades eclesiásticas u oficios públicos. Esta posibilidad le estaba denegada a los descendientes de moros y judíos a quienes les tomaba no menos de doscientos años el poder ser tratados como cristianos viejos¹⁰. Una cosa eran los pueblos gentílicos –nuevos en la fe– otra muy distinta eran los apóstatas y los he-

6. Juan de ESPINOSA MEDRANO, *La Novena Maravilla nuevamente hallada [...]*, José de Rueda, Valladolid 1695, pp. 156-157.

7. Alastair HAMILTON, *Heresy and Mysticism in sixteenth century Spain. Los Alumbrados*, University of Toronto Press, Toronto-Buffalo 1992, pp. 7-8.

8. Irene SILVERBLATT, *Modern Inquisitions. Peru and the Colonial Origins of the Civilized World*, Duke University Press, Durkham and London 2004, pp. 128-136.

9. Felipe GUAMAN POMA DE AYALA, *El Primer Nueva Coronica y Buen Gobierno*, edición crítica de John V. Murra y Rolena Adorno, Siglo Veintiuno editores, Madrid 1992, p. 504. Hacia 1562 se descubrió en la Villa imperial de Potosí que el capitán Georgio Zapata –supuesto alférez del virrey de Sicilia que convivió allí con criollos y españoles como un acaudalado minero– era un turco oriundo de Constantinopla que se llamaba emir Cigala y que había retorna a su tierra para compartir su enorme fortuna con Amurantes, el sultán de los turcos (ARZÁNZ ORSÚA y VELA, cit., vol. 1, pp. 117-118).

10. Véase Juan de SOLÓRZANO Y PEREIRA, *Política Indiana*, Lib. 2, cap. xxix, nº. 25.

rejes¹¹. Pese a ello, no deja de ser revelador que las violentas campañas de extirpación de idolatrías indígenas realizadas en el Perú hasta el siglo XVIII se detonaran en 1610 como reacción a dos acontecimientos ocurridos simultáneamente en 1609 en España y el Perú: se descubrió que tanto los moriscos españoles como los indios ya cristianizados de Huarochirí, en las serranías de la Archidiócesis de Lima, seguían practicando clandestinamente sus viejas costumbres y rituales religiosos¹². No sorprende, por ello, que en el arte hispanoamericano barroco el turbante y el traje de moro o turco sirviese como código iconográfico visual para identificar a las personas no bautizadas¹³. En un dibujo, el propio Guaman Poma representa a dos indios nobles disfrazados con túnicas y máscaras de moros, bailando sumisos dentro del templo ante el sacramento del altar (fig. 2).

Recordemos, por otro lado, que la polémica teológica entre cristianos y moriscos



Figura 2

11. Este es el motivo por el que el primer Concilio Limense (1551) condenó el mito «colonial» del apóstol de Cristo que evangelizó los Andes antes de la Conquista Española. Si aceptaba esta tesis, como argumentó Bartolomé de las Casas, los indios eran apóstatas (comunicación personal del padre Gustavo Gutiérrez). Por otro lado, este mito cumplió otras funciones sociales y religiosas: los historiadores eclesiásticos criollos escribieron las «hagiografías piadosas» de este «hipotético» santo Tomás Apóstol o san Bartolomé –como lo ha señalado Pierre Duviols– porque mediante sus presuntos peregrinajes por Brasil, Paraguay, Chile y Perú, por no mencionar a México, se desarrolló en el Nuevo Mundo una «geografía sagrada» regionalista que colindaba con una suerte de proto «nacionalismo religioso» (véase, Pierre DUVIOLS, *La Destrucción de las religiones andinas (Durante la Conquista y la Colonia)*, Universidad Nacional Autónoma de México, México 1977, p. 65).

12. Pierre DUVIOLS, *La represión del paganismo andino y la expulsión de los moriscos*, en «Anuario de Estudios Americanos», 28 (1971) 201-207. El propio don Pedro de Villagómez, arzobispo de Lima, en su *Carta Pastoral de Exhortación e Instrucción contra las idolatrías de los indios del Arzobispado de Lima* (1649) reconocía que «donde más se echa de ver la dificultad que hay en que errores en la fe mamados con la leche y heredados de padres a hijos se olviden, o desengañen es en el ejemplo que tenemos nuevo delante de los ojos en la expulsión de los Moriscos de España, pues habiéndose puesto por todas las vías posibles tantos medios para el remedio de sus males, sin tener el buen efecto que se pretendía de su verdadera conversión, sobrepujando el mal a la medicina, fue forzoso como a gente desahuciada por evitar el daño temporal que se tenía, y no esperándose remedio del espiritual que se deseaba, echarlos de toda España» (*Exhortaciones e Instrucción acerca de las Idolatrías de los Indios del arzobispado de Lima* por el Dr. D. Pedro de Villagómez, Lima 1919).

13. Julián GALLEGOS, *Visión y símbolos en la pintura española del Siglo de Oro*, Aguilar Ediciones, Madrid 1972, p. 254.

que duró en España hasta mediados del siglo XVII, revivió el viejo combate religioso entre ortodoxos y arrianos del siglo IV y muchos historiadores hispanos como Pérez de Chichón en su *Antialcoran* (Valencia, 1532) no dudaron en denunciar la raíz herética del Islam. Había sido un monje de la secta arriana llamado Sergio, huido de Constantinopla a Arabia, quien le había enseñado a Mahoma todos los errores doctrinales referentes a la Santísima Trinidad y a la Encarnación de Dios en Jesucristo, negados por arrianos y musulmanes, y propagados por la «secta perniciosa» de Mahoma¹⁴. No por nada durante las fiestas limeneses por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos (1632) se colocaron en la plaza mayor castillos de fuego sobre tablados con las estatuas de los heresiarcas Lutero, Mahoma y Mahineo (entre otros). Entre las invenciones de fuegos artificiales desfiló un galeón de turcos tirado por llamas (auquénidos)¹⁵. Con ello se deseaba demostrar que el «niño que nace sería monarca» de un mundo católico.

La conquista en 1493 de Constantinopla por los ejércitos islámicos de Mehmed II –por no mencionar los asedios posteriores turcos a Argel, Rodas, Belgrado, Viena y Gibraltar– alarmaron a todo el mundo cristiano. Encendieron la imaginación apocalíptica de los historiadores españoles del siglo XVI que vieron en el enfrentamiento entre el Imperio Otomano y el habsbúrgico una nueva cruzada religiosa que ponía en jaque la noción misma de un imperio universal cristiano, en el que el rey de España quería demostrar su liderazgo político y espiritual contra un antiguo enemigo¹⁶. Así como la captura misma de Constantinopla formó parte de textos premonitorios, visiones místicas y ciclos proféticos musulmanes que habían anunciado este feliz acontecimiento para el Islam desde el siglo IX¹⁷, para Occidente el hecho significó el fin del imperio bizantino. Mas aún, no faltaron a inicios del virreinato peruano pensadores apocalípticos como el fraile dominico fray Francis-

14. L. GARDAILLAC, *Moriscos y cristianos. Un enfrentamiento polémico (1492-1640)*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, México y Buenos Aires 1979, p. 212.

15. Rodrigo de CARVAJAL Y ROBLES, *Fiestas de Lima por el nacimiento del Príncipe Baltasar Carlos, Lima, 1632*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla 1950, p. 129.

16. Véase Kathleen GAVIGAN, *The Image of the Turk in Sixteenth Century Spanish Historiography*, Tesis doctoral manuscrita presentada el 28 de octubre de 1974 en Temple University, Estados Unidos.

17. Uno de los motivos por los que el gran místico sufí al-Hallaj (857-922), crucificado en Bagdad por las autoridades ortodoxas de la Escuela Zahirita de la Ley, fue proclamado «mártir del Islam», se debió a que antes de morir rogó a Dios que todo su sufrimiento y su propio martirio sirviera para la futura «captura de Constantinopla» (Louis MASSIGNON, *The Passion of al-Hallaj. Mystic and Martyr of Islam*. Translated from the French by Herbert Mason, vol. I, Bollingen Series XCIII, Princeton University Press, Princeton (NJ) 1982, pp. 601-602). También L. Massignon, *Textes prémonitoires et commentaires mystiques relatifs á la prise de Constantinople par les Turcs en 1453* (=858 Heg), en «Oriens», vol. 6/1 (June, 1953) 10-17). En los relatos del saqueo de la antigua catedral *Hagia Sophia*, convertida en mezquita, se cuenta que el ejército turco destruyó y quemó todas las estatuas sagradas de los santos católicos, salvo una escultura de la Virgen utilizada como madero sobre el cual fueron decapitados los cristianos que no se convirtieron al Islam, contándose entre ellos al emperador griego y a su hija quien tras ser violada por el propio Mehmed II sufrió la misma pena (Robert SCHWOEBEL, *The Shadow of the Crescent. The Renaissance Image of the Turk (1453-1517)*, Nieuwkoop 13 de Graaf, 1987, p. 12).

co de la Cruz –quemado vivo por el Santo Oficio de Lima en 1578– quien identificaba el poderío bélico del turco en Europa como un «castigo de Dios» contra la Iglesia romana y contra la desunión de los príncipes europeos –incluido a don Juan de Austria– que traería como consecuencia la huida o traslado definitivo de Roma a Lima, la nueva capital espiritual del orbe católico¹⁸. Sin llegar a tales extremos, a menos de un siglo después, el patriotismo criollo del franciscano limeño fray Buenaventura de Salinas y Córdoba le permitía exclamar que los reinos del Perú eran como un gran pelícano eucarístico que con su propio pico se abría el pecho y las venas para que con los tesoros de su sangre de oro y plata el rey de España pudiese financiarlas guerras contra el turco en la batalla naval de Lepanto y contra el protestante que intentaba quebrantar la unidad de su imperio¹⁹.

Desde que el rey Rodolfo de Austria, fundador de la dinastía habsbúrgica, recibió aquel vaticinio mesiánico que si él y sus sucesores defendían el sacramento de la Eucaristía la Casa de Austria española goberaría el mundo entero hasta la segunda venida del Mesías, la Sagrada Forma se convirtió en el emblema triunfal del imperio hispano²⁰. Tan era así que durante las celebraciones hispanoamericanas del Corpus Christi era frecuente que los nuevos pueblos gentílicos conquistados participaran en las procesiones religiosas desfilando con sus mejores galas autóctonas. Así lo corrobora la espléndida serie pictórica cusqueña, originalmente de dieciocho lienzos, pertenecientes a la iglesia de Santa Ana. En esta figuran los descendientes de los Incas vestidos con sus indumentarias y ornamentos de origen prehispánico, presidiendo carros alegóricos y con altares efímeros de fon-

18. Vaticinaba fray francisco de la Cruz en sus declaraciones del 3 de diciembre de 1575: «estando el rey Don Philipe, nuestro Señor, con mucha pena viendo el desasosiego de España, habrá también grande desasosiego en Italia sobre las cosas del Concilio y faltará Venecia a la liga y compañía del rey Don Philipe, nuestro señor, y del Sumo Pontífice. Y el Turco, estando muy indignado y afrentado por las victorias que los cristianos habían hecho contra él, vendrá con muy grande poder y furia y tomará la armada de Don Juan de Austria, y juntándola con la suya, estando los cristianos revueltos unos con otros, no tendrá el Turco resistencia y hará inaudita matanza de los cristianos y destruirá muy en breve a Italia y Francia y España y después a los restantes de los cristianos y luteranos. Y esto se significa bien claramente, y así se lo dixo Dios a este confesante en el *Apocalipsi*, donde, tratando de aquel mar de vidrio mezclado con fuego, se sigue luego una grande destrucción [...] donde dice que una bestia que tenía diez cuernos recibió el poder del dragón [...] por la cual bestia se entiende el Turco, y los diez cuernos significan la bravura que traerá [...]. Y el dragón, de quien allí dice que todos lo adoraban y que dio su poder a la bestia, significa a Don Juan de Austria, el cual como dragón recibe y gasta en las guerras las contribuciones de los señores de la liga, y come y traga a las gentes del Turco que le vienen a las manos» (véase, Archivo Histórico Nacional, Madrid Legajo 1650/1, fol. 660v y ss.).

19. «Y sino quién haze temblar al Turco: Quién obliga a parar sobre las manos al desbocado Flan-des? Quién a la descomulgada Inglaterra pone espanto? Quién el terror, y miedo a la Alemania, donde no está segura la herejía, como tampoco lo está el Alcoran, y barbarismo en Mauritania? Quién aliena las propias, y extranjeras guerras, para su Rey, nunca imaginadas en el mar de Lepanto, sino el Pirú» (véase, FRAY BUENAVENTURA DE SALINAS Y CÓRDOBA, *Memorial de las Historias del Nuevo Mundo Piru* (1630), Universidad Nacional de San Marcos, Colección Clásicos Peruanos, vol. I, Lima 1957, p. 85).

20. Véase Víctor MINUÉS, *Los Reyes Solares. Iconografía astral de la monarquía hispánica*, Universitat Jaume I, Castelló de la Plana 2001, pp. 287-317.

do²¹. En uno de estos altares callejeros incluso se representa al rey Carlos II defendiendo a la Eucaristía del Turco. En las fiestas potosinas de 1720 se levantó otro altar efímero con la misma temática, pero con el rey Felipe V como enemigo del turco infiel²². En la tradición española la batalla entre moros y cristianos incluso era escenificada para estas fiestas en carros alegóricos donde actores cristianos disfrazados de turcos, árabes o demonios intentaban impedir en vano que los españoles (asociados con los ángeles) celebrasen la fiesta al Santísimo²³. En el Perú virreinal el tópico de la «Defensa de la Eucaristía» sirvió de motivo iconográfico reivindicador criollista. Esto se hace evidente cuando es Santa Rosa de Lima (m. 1617), la primera santa americana, la que sostiene la custodia mientras el rey de España se propone defenderla del musulmán. Si bien con cada gobernante cambiaba el retrato del rey, la composición de esta alegoría política era, con pequeñas variantes, la misma. El rey de España, escoltado por ángeles guerreros y con espada en mano, protege a la Sagrada Forma, colocada sobre un pedestal. Del lado opuesto, un grupo de musulmanes, con turbantes que llevan la media luna y vistiendo altas botas, jubones hasta la rodilla y largas cimitarras turcas, tiran de la custodia con cintas de seda para derribarla²⁴. El tenor apocalíptico de esta iconografía lo corroboran, aunque con pequeñas variantes, dos pinturas del mismo tema conservadas en el Museo de Charcas (Bolivia) (figs. 3 y 4). En la primera se muestra al rey Carlos IV con cetro y capa de armiño secundado por una figura femenina que sostiene su bandera y escudo. El rey turco frente a él también está acompañado por otra figura femenina pero bifronte –con rostro de mujer y de lobo– que porta la bandera con las tres medias lunas y un libro abierto –el Corán– recorrido por sabandijas. Una mujer en el cielo que personifica a la Iglesia sostiene la custodia en forma de Sol radiante. Entre ambos reyes, sobre una columna, está el libro cerrado del Apocalipsis con sus siete sellos. Al fondo, las batallas entre turcos y cristianos asocian la defensa hispana a la Eucaristía con los «signos de los tiempos» que relacionan al Islam con la futura religión del Anticristo. En el segundo lienzo, el moro está vencido y la custodia radiante está colocada firmemente sobre el libro del Apocalipsis. La iconografía tenía un mensaje político elocuente. Según las profecías bíblicas, desde el día en que en el Templo Santo de Jerusalén se dejase de celebrar el Sacrificio de la Eucaristía se iniciaría el tiempo de la abominación y se coronaría al Anticristo emperador del mundo²⁵. Así por lo menos lo aseveraba el licenciado Joaquín Cases Xaló y Granel de Rivas-Altas

21. Carolyn DEAN, *Inka Bodies and the Body of Christ. Corpus Christi in Colonial Cuzco, Peru*, Duke University Press, Durham and London 1999, p. 64.

22. Sobre una construcción efímera se colocó un tabernáculo dorado con la «custodia del Señor» y «al lado derecho una imagen del señor Felipe V [...], al lado izquierdo el Turco [...] toda la calle por uno y otro lado y de arriba y abajo del tejado al suelo se cubrió de pinturas en lienzos de varios [...] pinceles flamencos y romanos [...]» (ARZANZ ORZÚA Y VELA, cit., vol. III, p. 453).

23. Anselmo GASCÓN DE GOTOR, *El Corpus Christi y las custodias procesionales de España*, Tipografía la Académica de Serra, Barcelona 1916, p. 33.

24. Ramón MUJICA PINILLA, *España eucarística y sus reinos: el santísimo sacramento como culto y tópico iconográfico de la monarquía hispana (s. XVI-XVII)*, en *La Pintura en los reinos hispanos: Identidades compartidas*, Fomento Cultural Banamex, México (en prensa 2007).

25. Ramón MUJICA PINILLA, *El arte y los sermones*, en *El Barroco peruano*, Colección Arte y Tesoros del Perú del Banco de Crédito del Perú, Lima 2002, pp. 278-285.



Figura 3

26. Quiero agradecerle a Efraín Kristal por proporcionarme generosamente un ejemplar original de esta valiosa fuente histórica.

27. El plan profético era claro: «Saldrán las Naves de España, Francia, de Nápoles, y Venecia, con todos los demás Monarcas, que coadyuvarán a tan Sagrada liga, de uno de los Puertos de las dos Sicilias, y conquistando por sí, o unidos con los Exercitos de Alemania quanto posee el Imperio otomano, no dejarán su empresa hasta colocar sus Vanderas en los confines del Eufrates» (Joaquín CASES XALÓ y GRANEL DE RIBAS-ALTAS, *Theatro Cathólico, Ruina de la Puerta Otomana, de su Alcorán, y Secta, y Progressos de la Iglesia por las Aguilas del Imperio*, tomo I, Madrid 1739, p. 163).

Ramón Mujica Pinilla



Figura 4



Figura 5

Ordo Lune in Imperio turcico



Figura 6

Eques dictus Auricularis in Peruuia

el Apocalipsis hasta tomar Constantinopla, «Metrópolis del Imperio de la Gran Bestia: Enemiga de Dios, del Vicario de Christo y de los Catholicos de la Iglesia». En esta nueva Babilonia nacería el Anticristo mil años después que el Imperio Otomano y su secta saracena «quedara arruinada» por el «León de España, sol de dos esferas».

En una pintura sobre «el reinado del Anticristo» conservada en la iglesia de Caquia-viri (Bolivia) y que formó parte de un programa iconográfico fechado en 1739, aparecen judíos, moros y un inca, distingible por su corona real o *mascaypacha*, idolatrando al Anticristo, en medio de demonios y monstruos híbridos con rasgos humanos y animales²⁸. Los pueblos gentílicos y los infieles –tan propensos a la idolatría– serían presa fácil para el Anticristo y sus predicadores taumatúrgicos. Esto no significaba, empero, que en 1711 el jesuita Filippo Bonnani en su *Catalogo degli ordini equestri e militari esposto in imagini, e con breve racconto*, dedicada a su santidad Clemente xi, incluyese con una visión integradora y conciliadora, a la Orden de la Luna del Imperio Turco y a la Orden de los Orejones del Perú dentro de las instituciones nobiliarias al servicio de la Iglesia Universal (figs. 5 y 6).

Ramón Mujica Pinilla

Jacinto Lara, 465

San Isidro

Lima-Perú

mujicabalarin@terra.com.pe

28. Teresa GISBERT, *El Paraíso de los Pájaros Parlantes. La imagen del otro en la cultura andina*, Plural Editores, Universidad de Nuestra Señora de la Paz, La Paz 1999. pp. 264-268.